



MOMENTOS PARA
SER



La historia del **león Christian**

Anexo

*Aplicando el Pacto Educativo Global
en la escuela*

Anexo 1

La comunión del hombre con otras especies animales: la historia del león Christian

I

Solemos tenerles miedo a los leones. Los consideramos fieras dispuestas a despedazar a otros para sobrevivir en medio de una naturaleza hostil. Los vemos correr por las sabanas, cazar en manadas, atacar y matar a sus presas de forma cruel y despiadada; se sabe incluso de leones que han atacado y matado a seres humanos.

Pero los leones son, como los demás animales, seres sensibles que aprecian el cariño que les dan sus semejantes. ¿No has visto, acaso, a las leonas acariciando a sus cachorros? ¿Y a los cachorros jugando unos con otros? Es posible incluso que un pequeño león se encariñe con un ser humano, como en la historia que ahora te voy a contar...

II

Todo comenzó en Londres, hace más de cincuenta años; para ser exactos, en 1969. Los protagonistas fueron dos jóvenes australianos que por entonces estudiaban allí: John Rendall y Anthony Bourke; y, por supuesto, un pequeño león de nombre Christian.

III

John y Anthony fueron un día al supermercado *Harrods*, en Londres, y allí compraron un cachorro de león.

Seguramente te estarás preguntando: ¿cómo es eso que alguien puede ir a comprar un león en un supermercado?

Pues sí, eso era posible en aquellos años, ya que las normas que prohíben comerciar con animales solo aparecieron años después. Parece que *Harrods* se lo había comprado a un zoológico cercano y que ahora estaba dispuesto a venderlo, porque el cachorro había hecho algunos daños en el almacén una noche que se escapó de su jaula.

IV

El hecho es que John y Anthony se llevaron a Christian a su casa y se dedicaron a criarlo, con la ayuda de sus amigas Jennifer Taylor y Unity Jones, hasta que cumplió su primer año de vida.

Lo alimentaban, jugaban con él y, sobre todo, le daban todo tipo de muestras de cariño: lo cargaban, lo abrazaban, lo besaban... y el pequeño león les respondía con gestos similares.

¡Se generó entre ellos un inmenso vínculo de amor!

V

El problema fue que la residencia en que vivían poco a poco se fue quedando pequeña para las necesidades de Christian, que crecía día a día. Cuando tenía menos de un año ya pesaba más de ochenta kilogramos y, por supuesto, cada día se requería más carne para alimentarlo.

Y, sobre todo, Christian no paraba de correr, saltar y jugar por todas partes; y demandaba cada vez más espacio para su desarrollo.

VI

Primero lo llevaron a la parte trasera de una tienda de muebles de unos amigos suyos, luego obtuvieron el permiso del párroco de la localidad para que fuera a un pequeño cementerio contiguo a su iglesia, en donde podía correr y jugar... y, además, cada que podían lo llevaban a la playa.

Pero, poco a poco, fueron llegando a una conclusión inevitable: era imposible que Christian permaneciera viviendo en la ciudad.

No solo porque su mantenimiento era cada día más costoso y porque, a medida que se hacía más grande, podría representar un peligro para otras personas, sino sobre todo porque allí no podría desarrollarse como lo que era: un animal salvaje.

Y, por supuesto, la posibilidad de entregárselo a un zoológico, para que Christian viviera el resto de su vida encerrado en una jaula, ni siquiera la consideraban. Christian había nacido libre... y hasta allí había vivido en libertad. Era impensable que ahora se le sometiera a cautiverio.

Pero ¿qué debían hacer con él? No había una selva cerca de Londres en la que pudieran dejar a Christian e ir a visitarlo los fines de semana. Además, no sería fácil, para un animal criado en la ciudad, adaptarse y sobrevivir en medio de los peligros de la jungla.

Había que buscar, entonces, una solución pronta, segura y eficaz, pues, por más bello que fuese criar a Christian y jugar con él, era imposible que siguiera en Londres.

VII

Fue entonces cuando aparecieron George Adamson y su esposa Joly, una pareja dedicada a la conservación animal que era conocida por haber logrado la readaptación de una leona, Elsa, a su hábitat natural. Ellos venían trabajando en la reintegración de especies animales a su entorno natural en el Parque Nacional Kora, en Kenia (África).

No era fácil llevar a Christian hacia un país africano situado a miles de kilómetros de Londres. Solo el viaje en avión hasta Nairobi implicaba varias horas, además de otras más por tierra para llegar a la reserva natural. A pesar de todo, John y Anthony emprendieron el viaje para llevar a Christian a su nuevo destino.

La estrategia de los Adamson consistía en vincular a Christian con otro león mayor que él, Boy; y con una cachorra, Katania, y empezar a

formar una manada con ellos. Al principio no fue fácil, porque Boy no renunciaba a su condición de macho dominante y porque pronto Katania fue devorada por unos cocodrilos.

Pero Christian aceptó sin muchas dificultades su condición de joven de la manada y se subordinó al león mayor. Y, cuando poco tiempo después, Boy murió, Christian llegó a ser el jefe de la manada.

VIII

John y Anthony esperaron a que Christian se adaptara a su nuevo entorno y, para ello, viajaron a Kenia en varias ocasiones, para visitarlo y ver sus progresos. Pero en 1974, casi un año sin verlo, muchos, incluido el propio George, empezaron a dudar si los reconocería después de tanto tiempo.

El reencuentro entre los dos hombres que lo criaron en Londres y un león aún joven, pero jefe de su manada, fue asombroso y emocionante. Muchos lo hemos podido ver porque fue filmado en vivo y en directo.

Christian los vio a distancia y empezó a acercárseles con cautela, mientras ellos lo miraban con profunda emoción. De pronto, el león emprendió carrera y saltó sobre sus viejos amigos, apoyándose sobre sus patas traseras, al tiempo que con las delanteras los abrazaba emocionado y con la boca les acariciaba la cara.

Pero eso no fue todo. Un poco después, Christian les presentaría a dos de sus leonas compañeras y a un pequeño cachorro, como si estuviera diciéndoles que ahora ellos -John y Anthony- eran admitidos como parte de la nueva familia que Christian había formado.

IX

Hubo todavía algún encuentro más entre Christian y sus amigos humanos. Pero desde entonces era inevitable que cada uno siguiera su camino, por tratarse de dos especies enteramente distintas: una nacida para vivir en ciudades y en permanente diálogo con otros, la otra para luchar por su propia supervivencia en medio de una naturaleza a menudo hostil y peligrosa.

Christian ya era un león de alrededor de trescientos kilogramos que tenía una manada que defender y unos cachorros que criar. John y Anthony seguirían recordando por el resto de su vida lo fascinante que fue para ellos la crianza de un cachorro de león y, sobre todo, ese instante único en que él salió a su encuentro y los puso en contacto con su nueva manada.

X

La experiencia fue tan fascinante que no dudaron en escribirla en un librito que tiene por título *Un león llamado Christian*. Sin embargo, la historia pasó desapercibida por años hasta que, hacia mediados de 2009, empezaron a aparecer en YouTube varias versiones del video original del reencuentro con Christian, algunas de las cuales alcanzaron muy pronto millones de reproducciones.

Después de ello se han hecho documentales de televisión, e incluso libros infantiles, sobre la historia de Christian el león, pues constituye uno de los más bellos testimonios de que el hombre, como nos enseñó hace muchos siglos Francisco de Asís, puede vivir en armonía y comunión con las demás especies animales.

Anexo 2

Francisco de Asís y el lobo de Gubbio*

Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo (Floreccillas de San Francisco, Capítulo XXI)

En el tiempo en que San Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no solo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrorizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y, aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.

San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañe-

ros vacilaran en seguir adelante, San Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó y le dijo:

— ¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie.

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos:

— Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de

* Se reproducen aquí dos maneras distintas de contar una misma historia: la de Francisco de Asís y el lobo de Gubbio. La primera es la versión clásica del capítulo XXI de las Floreccillas de San Francisco, la segunda el bello poema “Los motivos del lobo” del poeta nicaragüense Rubén Darío.

Se utilizan las versiones disponibles en <http://www.franciscanos.org/sfa/gubbio.html>

Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre tú y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía San Francisco. Díjole entonces San Francisco:

— Hermano lobo, puesto que estás de acuerdo en sellar y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesitas mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que, por hambre, has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo:

— Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente.

Tendióle San Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera

y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo San Francisco:

— Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios.

El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver el lobo con San Francisco. Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levantó y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que solo puede matar el cuerpo; y, si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temer no será la boca del infierno. “Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librára del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro”.

Terminado el sermón, dijo San Francisco:

— Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y San Francisco dijo al lobo delante de todos:

— Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió San Francisco:

— Hermano lobo, quiero que, así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo.

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Este

acto, y los otros que se han referido, produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por la devoción del Santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de San Francisco.

En alabanza de Cristo. Amén.

Los motivos del lobo

Rubén Darío

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal;
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
el lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha asolado los alrededores,
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,

y son incontables sus muertes y daños.
Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.
Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,

alzando la mano,
 al lobo furioso dijo: —¡Paz, hermano
 lobo! El animal
 contempló al varón de tosco sayal;
 dejó su aire arisco,
 cerró las abiertas fauces agresivas,
 y dijo: —¡Está bien, hermano Francisco!
 ¡Cómo! —exclamó el santo—. ¿Es ley que tú
 vivas
 de horror y de muerte?
 ¿La sangre que vierte
 tu hocico diabólico, el duelo y espanto
 que esparces, el llanto
 de los campesinos, el grito, el dolor
 de tanta criatura de Nuestro Señor,
 no han de contener tu encono infernal?
 ¿Vienes del infierno?
 ¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
 ¿Luzbel o Belial?
 Y el gran lobo, humilde: —¡Es duro el invierno,
 y es horrible el hambre! En el bosque helado
 no hallé qué comer; y busqué el ganado,
 y en veces comí ganado y pastor.
 ¿La sangre? Yo vi más de un cazador
 sobre su caballo, llevando el azor
 al puño; o correr tras el jabalí,
 el oso o el ciervo; y a más de uno vi
 mancharse de sangre, herir, torturar,
 de las roncadas trompas al sordo clamor,
 a los animales de Nuestro Señor.
 Y no era por hambre, que iban a cazar.
 Francisco responde: —En el hombre existe
 mala levadura.
 Cuando nace viene con pecado. Es triste.
 Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener
 desde hoy qué comer.
 Dejarás en paz
 rebaños y gente en este país.
 ¡Que Dios melifique tu ser montaraz!
 —Está bien, hermano Francisco de Asís.
 —Ante el Señor, que todo ata y desata,
 en fe de promesa tiéndeme la pata.
 El lobo tendió la pata al hermano
 de Asís, que a su vez le alargó la mano.
 Fueron a la aldea. La gente veía
 y lo que miraba casi no creía.
 Tras el religioso iba el lobo fiero,
 y, baja la testa, quieto le seguía
 como un can de casa, o como un cordero.
 Francisco llamó la gente a la plaza
 y allí predicó.
 Y dijo: —He aquí una amable caza.
 El hermano lobo se viene conmigo;
 me juró no ser ya vuestro enemigo,
 y no repetir su ataque sangriento.
 Vosotros, en cambio, daréis su alimento
 a la pobre bestia de Dios. —¡Así se!,
 contestó la gente toda de la aldea.
 Y luego, en señal
 de contentamiento,
 movió testa y cola el buen animal,
 y entró con Francisco de Asís al convento.
 Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
 en el santo asilo.
 Sus bastas orejas los salmos oían
 y los claros ojos se le humedecían.
 Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
 cuando a la cocina iba con los legos.
 Y cuando Francisco su oración hacía,

el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.
Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos lo buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.
Francisco de Asís se puso severo.
Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña
—En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al
mal?
Contesta. Te escucho.
Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
—Hermano Francisco, no te acerques mucho...
Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,

y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.
El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: Padre nuestro, que estás en los cie-
los...

Anexo 3

La visión del profeta Isaías

Serán vecinos el lobo y el cordero
y el leopardo se echará con el cabrito;
el novillo y el cachorro pacerán juntos
y un niño pequeño será su pastor.

La vaca y la osa pacerán,
juntas acostarán a sus crías;
el león, como los bueyes, comerá paja.

Hurgará el niño de pecho
en el agujero del áspid,
y en la hura de la víbora
el recién destetado meterá la mano.

Nadie hará daño, nadie hará mal

en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena
de conocimiento de Yahvé,
como las aguas colman el mar.
(Isaías 11, 6-9)

Lobo y cordero pacerán juntos,
el león comerá paja como el buey;
y la serpiente se alimentará de polvo.
Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte —dice Yahvé—.

(Isaías 65, 25)

(Se utiliza la versión de la Biblia de Jerusalén)